Javier Sotomayor: Recordista mundial, estrella, y analista de Globo

18/08/2016



Juegos de Río, prueba de salto de altura, el Soto siguiendo de cerca cada intento del catarí Mutaz Essa Barshim y del ucraniano Bohdan Bondarenko, los hombres que más se han acercado a su récord mundial absoluto de 2.45 metros en los últimos tiempos.

Puede que no haya sentido la tensión suprema circular por sus venas, no como la experimentó en la disputa del oro bajo los cinco aros en Barcelona 1992, su momento de éxtasis, su ascenso al Olimpo deportivo. Entonces, la gracia de vencer los 2.34 metros en el primer intento, lo vio emerger airoso por sobre Patrik Sjöberg, Tim Forsyth, Artur Partyka, y Hollis Conway.

El Soto no dudó en calificar ese momento como el más tenso de toda su carrera deportiva. Imaginen que Sjöberg se vistió de plata y los otros tres saltadores se agenciaron bronce, algo inédito en finales olímpicas.

La de suelo carioca Sotomayor la vivió de una manera diferente. Desde su asiento, en calidad de analista, con un sentimiento de nostalgia visible y con ganas de calzarse los pinchos y salir a saltar en ocasiones.

Pero no fueron ni Barshim ni Bondarenko los que estuvieron a punto de quebrar la plusmarca bajo los cinco aros del estadounidense Charles Austin (2.39 inmunes desde Atlanta 1996).

En esta ocasión, con un andar rutilante, jugando con la varilla en el primer salto correspondiente a cada altura, recayó en el canadiense Derek Drouin, as universal de Beijing 2015, la responsabilidad de mantener a todos expectantes hasta el adiós. Incluso colocó el listón en 2.40, pero sus pinchos no cargaron suficiente “flubber” para desafiar la gravedad de ese modo. Barshim (2.36) y Bondarenko (2.33), se contentaron con mirarle las espaldas a Drouin y llevarse a casa preseas de plata y bronce, respectivamente. En Juegos olímpicos no solo se trata de poseer las mejores marcas, como los 2.43 del catarí, o los 2.42 del de Ucrania. Suerte, lucidez y todas las variables a nuestro favor, deben conjugarse. Esta vez la estrella se le posó a Drouin. Cualquier duda pregúntenle al Soto, por la ciudad Condal.

Pero el real leit motiv de estas líneas pasa por la interrogante de dos colegas de trabajo:

¿Acaso Sotomayor no es recordista mundial? ¿Por qué los narradores dijeron que estuvieron a punto de borrar la marca de un norteamericano?

El Soto no posee el récord olímpico, pero de forma incuestionable es el mejor saltador de altura de la historia. Sucede que la cota olímpica se le atribuye a aquella marca más relevante en ese contexto, en este caso la conseguida por Austin en 1996.

Sin embargo, el ídolo de Limonar en la provincia de Matanzas, nacido un 13 de octubre de 1967, con 1.94 metros de estatura, y discípulo de José Godoy y Guillermo de la torre, atesora tantola primacía universal absoluta al aire libre (2.45) como bajo techo (2.43). España ha sido su tierra bendita. Allí se proclamó rey bajo los cinco aros, e igualmente estampó su primacía absoluta al aire libre. El 27 de julio de 1993 será inolvidable, para él como para muchos otros. Yo estaba de vacaciones, recién culminado el séptimo grado, y de reposo en casa con una sinovitis de cadera. Pero salté de la cama como un felino cuando escuché que en Salamanca, el Soto había volado sobre 2.45 metros. Antes, en 1988 y en la propia salamanca, se había estrenado como plusmarquista al aire libre gracias a 2.43.

Años antes en la justa del orbe sobre pista cubierta de 1989 en Budapest, dejó boquiabiertos a todos con 2.43 metros. Tenía solo 22 años en ese momento, pero ya se había adueñado de la cima de la especialidad.

Cierro con una pincelada: el Soto posee cinco de los diez mejores registros de todos los tiempos, incluidos los tres primeros en orden descendente: 2.45-2.44 y 2.43. Además es el único humano que ha sido capaz de superar los 2.40 en más de 20 ocasiones. Duerma tranquilo Soto, o mejor aún, continúe comentando con orgullo desde Globo las incidencias de Río 2016. Usted será eternamente un saltador providencial.